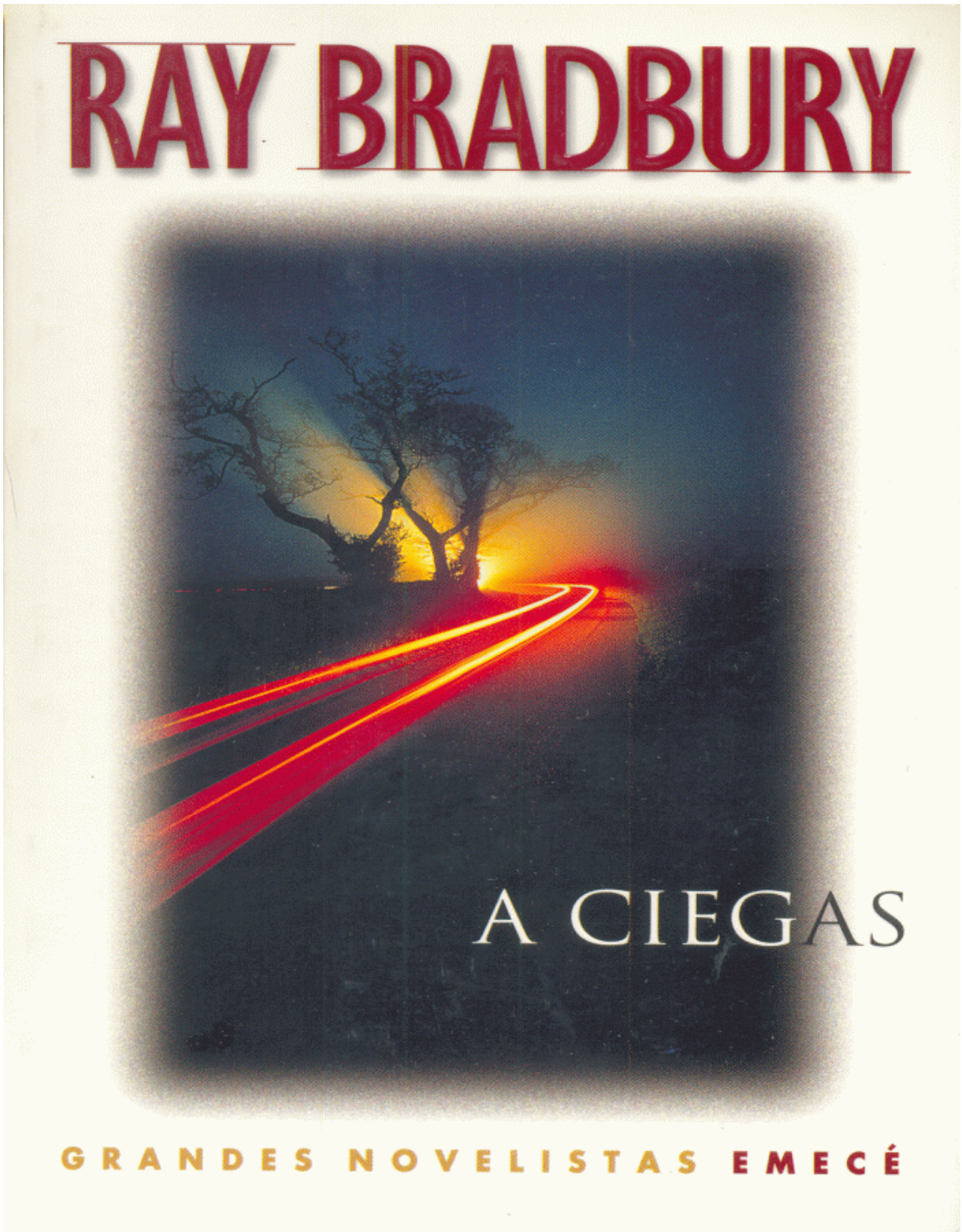
A CIEGAS
RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-VIERON ESO?

-¿Si vimos qué?

-¡Aquello! ¡Miren!

Pero el enorme Studebaker modelo 1929 para seis pasajeros ya se había marchado.

Uno de los hombres que se hallaban parados frente a la ferretería de Fremley había descendido del cordón para contemplar cómo se alejaba el vehículo.

-¡Ese tipo iba manejando con una capucha! Negra, como la de los verdugos. Tenía la cara cubierta. ¡Iba manejando a ciegas!

-¡Lo vi! ¡Lo vi! -exclamó un niño, igualmente deslumbrado, que se encontraba por ahí. Ese niño era yo, Thomas Quincy Riley, más conocido como Tom o Quint y por demás curioso. Me eché a correr. -¡Eh, espere! ¡Huy! ¡Va manejando a ciegas!

Estuve a punto de alcanzar al conductor cegado en la esquina de la Avenida Principal y la calle Elm, por la cual dobló el Studebaker perseguido por una sirena. Un policía del pueblo, hipnotizado por esa visión sobre ruedas, le daba caza montado en su motocicleta.

Cuando por fin llegué junto al auto, se hallaba estaciona do en doble fila. Willy Crenshaw, el policía, había apoyado una bota en el estribo del Studebaker y miraba con severidad a la capucha negra y a quien se cubría con ella.

-¿Me haría el favor de sacarse eso? -dijo.

-No, pero tome mi licencia de conductor -respondió una voz amortiguada. Por la ventanilla se asomó una mano con un carné.

-Quiero verle la cara -replicó Willy Crenshaw.

-Está ahí, en la foto.

-Quiero verificar que es la misma -insistió el agente.

-Phil Dunlop, con domicilio en la calle Desplaines 121 de la localidad de Gurney. Propietario de la Concesionaria Studebaker ubicada en la avenida Gurney 16 -recitó la voz encapuchada-. Si sabe leer, ahí tiene toda la información.

Willy Crenshaw arrugó la frente y, no sin cierta dificultad, pasó la vista por las palabras escritas.

-Eh, señor, ¡esto es genial! -dije.

-Cállate, hijo. -El policía volvió a plantar la bota en el estribo con mayor firmeza. -Dígame, ¿qué pretende?

Me puse en puntas de pie para espiar por encima de los hombros del agente, que dudaba si debía redactar una multa o mandar preso a un sinvergüenza.

-¿Qué pretende? -repitió Willy Crenshaw.

-Por ahora, encontrar un lugar donde pasar la noche así puedo quedarme unos días rondando por el pueblo -explicó el encapuchado.

Willy Crenshaw se inclinó hacia adelante.

-¿Con qué móvil?

-Con este auto, como ve, para llamar la atención de la gente.

-Bueno, ya lo logró -admitió el policía, volviendo los ojos hacia la multitud que se había apiñado detrás de Thomas Quincy Riley, es decir, detrás de mí.

-¿Son muchos, muchacho? -preguntó el hombre de la capucha.

Al principio no adiviné que se dirigía a mí, pero enseguida me avivé.

-Un montón fenomenal -le contesté.

-¿Te parece que si recorro con el auto el pueblo sin sacarme esta cosa en todo el día, la gente va a detenerse un minuto para prestarme atención?

-Va a ser todo oídos.

-Ahí tiene la respuesta, agente -dijo el encapuchado con la vista al frente... bueno, al menos así parecía-. Si el niño lo dice, me quedo. Muchacho -prosiguió-, ¿no conoces algún lugar donde pueda afeitarme la cara oculta y descansar un poco los pies?

-Mi abuela tiene...

-Perfecto. Muchacho...

-Me llamo Thomas Quincy Riley.

-¿Y te dicen Quint?

-¿Cómo adivinó?

-Sube, Quint, así me guías. Pero que no se te ocurra espiar debajo de la máscara.

-¡No, señor!

Rodeé el auto y me senté junto al conductor, con el corazón como una liebre.

-Con su permiso, agente. Si tiene alguna otra pregunta, voy a estar confinado en la casa de este chico.

-Queda en la calle Washington 619...

-¡Ya sé, ya sé! -me interrumpió el agente-. ¡Ufa!

-¿Me autoriza a marcharme bajo la custodia del muchacho?

-¡Ay, Dios me libre! -El policía arrancó la bota del estribo y el auto salió disparando.

-¿Quint, cuál es mi nombre? -preguntó la voz oculta tras la capucha oscura que iba al volante.

-Usted dijo que se llamaba...

-No, no. ¿Cómo quieres llamarme tú?

-¿A ver...? ¿Qué le parece señor Misterioso? -Perfecto. ¿Dónde tengo que doblar? ¿A la derecha, a la izquierda...?

-Bueno, primero doble...

Y proseguimos la marcha. Yo, aterrorizado de que fuéramos a chocar. Pero el señor Misterioso dobló a la izquierda con absoluta calma y destreza.

Hay personas que tejen porque sus dedos necesitan preocupaciones para los nervios.

La abuela no tejía, pero desgranaba arvejas. Casi todos los santos días cenábamos arvejas. Alguna que otra noche, en cambio, pelaba chauchas. ¿Habas...? Sí, a veces se encaprichaba con las habas, pero no se desprendían con tanta facilidad de la vaina. Sin duda, tenía predilección por las arvejas. Cuando subimos los escalones de la galería delantera de la casa, la abuela levantó la vista sin quitar los dedos de las pequeñas legumbres.

-Abuela, éste es el señor Misterioso -anuncié.

-Salta a la vista. -La abuela saludó con una sonrisa y una inclinación de cabeza a no sabía qué.

-Tiene puesta una capucha.

-Ya me di cuenta. -La abuela seguía mostrándose simpática y para nada impresionada.

-Necesita una habitación.

-Como dice la Biblia, hay que ayudar al que necesita. Si me permite la pregunta, ¿puede subir la escalera solo?

-Y pensión completa -agregué.

-Disculpe, pero ¿cómo va a comer con esa cosa encima?

-Es una capucha -dije.

-¿Capucha?

-Me las arreglo -explicó la apagada voz del señor Misterioso.

-Se las arregla -traduje.

-Vale la pena esperar a ver cómo. -La abuela no paraba de desgranar arvejas.

-Señor, ¿cómo se llama?

-Acabo de decírtelo -rezongué.

-Es cierto. Bueno, la cena se sirve a las seis en punto.

Puntualmente, a las seis el comedor bullía de pensionistas y comensales. Como el abuelo había regresado de Goldfield y de Silver Creek, estado de Nevada, sin oro ni plata en sus alforjas y se había hecho fuerte tras sus libros en la biblioteca, la abuela hospedaba a tres solteros y dos señoritas en la planta alta, a quienes se sumaban otras tres personas de barrios

cercanos a la hora de comer. Así las cosas, durante el desayuno, el almuerzo y la cena el ambiente se animaba y la abuela conseguía el dinero necesario para mantener el arca a flote. Esa noche, el comedor se alborotó cinco minutos con discusiones sobre política, tres minutos con debates acerca de temas religiosos y cuando acababan de comenzar los comentarios más sabrosos, que versaban sobre la comida recién servida, el señor Misterioso hizo su aparición y todo el mundo se calló la boca. Se abrió camino entre los presentes inclinando la capucha a diestra y siniestra a modo de saludo y, no bien tomó asiento, anuncié de viva voz:

-Señoras y señores, les presento a...

-Phil -murmuró el señor Misterioso.

Un tanto humillado, me dejé caer contra el respaldo.

-Mucho gusto, Phil -saludaron todos.

Se quedaron contemplándolo, sin saber si percibía las miradas a través del terciopelo negro, muertos de curiosidad por ver cómo haría para comer con la cara cubierta. El señor Misterioso tomó un cucharón.

-Por favor, ¿me pasan la salsa? -pidió con su mullida voz-. ¿Y me alcanzan el puré de papas, si son tan amables? Y las arvejas... también, abuela-añadió.

De pie en el umbral, la abuela sonrió ante esa muestra de deferencia.

-Señora, tráigame mi plato azul especial, por favor.

La abuela colocó frente a él un auténtico huerto chino de cerámica azul que, paradójicamente, contenía algo parecido a la comida para el perro. El señor Misterioso se sirvió con el cucharón la salsa, el puré de papas y las arvejas y preparó una papilla mientras todos lo observábamos procurando contener los ojos dentro de las órbitas.

Volvió a hacerse el silencio cuando la voz escondida bajo la capucha oscura preguntó:

-¿Me permiten bendecir la mesa?

Nadie se oponía.

-¡Oh, Señor! Concédenos los dones de Tu amor que modelan y modifican nuestras vidas y nos conducen por la senda de la perfección. Que todos hallen en nosotros lo mismo que nosotros vemos en nuestro prójimo: perfección y belleza inenarrables. Amén.

-Amén -repitieron todos.

Acto seguido, el señor Misterioso extrajo de su chaqueta algo que dejó sin aliento a los pensionistas y quitó el hipo a los simples comensales.

-¡Huy! ¡Es la pajita para tomar gaseosas más grande que vi en mi vida! ¡Más que una pajita es un pajón! -exclamó alguien... yo.

-¡Quint! -me regañó la abuela.

-Pero ¡si es la verdad!

En efecto. Se trataba de una bombilla dos o tres veces más grande que las convencionales, uno de cuyos extremos desapareció bajo la capucha mientras que el otro se hundió como una sonda en aquel alimento para perros a base de papas, arvejas y salsa que, sin sonido alguno, comenzó a ascender rumbo a una boca sólo presentida, callada y silenciosa como un gato ante su presa.

Cuando los demás comenzamos a comer, no pudimos evitar sonrojarnos al tomar conciencia del ruido con que manejábamos los cubiertos, masticábamos y tragábamos.

Por el rabillo del ojo, observamos al señor Misterioso sorber sus víveres líquidos hasta que las últimas gotas desaparecieron bajo la capucha sin que se oyera siquiera el habitual y ronroneante estertor final. El plato quedó limpio, apenas estampado con un diseño de cuadritos. Y, por si fuera poco, el señor Misterioso llevó a cabo semejante hazaña prescindiendo de las manos, que no abandonaron ni por un instante las rodillas sobre las que descansaban.

-Espero... que le haya gustado la comida, señor -dijo la abuela, sin poder apartar los ojos de la bombilla.

-Estaba fenomenal.

-De postre hay helado -anunció la abuela-. Pero está medio derretido.

-¡Mmm, derretido! -exclamó el señor Misterioso con una carcajada.

La agradable noche estival transcurrió entre tres cigarros, un cigarrillo y diversos tejidos en la galería delantera, poblada por varias mecedoras que avanzaban y retrocedían sin moverse de su lugar para poner nerviosos a los perros y ahuyentar a los gatos.

Entre las nubes de humo de cigarro y una pausa en el tejido, el abuelo, que siempre salía tras la puesta del Sol, dijo:

-Si disculpa mi impertinencia, ahora que ya está instalado, ¿qué piensa hacer?

El señor Misterioso, que estaba reclinado sobre la baranda de la galería, mirando, o eso suponíamos, su reluciente Studebaker, se llevó un cigarrillo a la capucha, aspiró humo y lo exhaló sin toser. Me quedé observándolo, henchido de orgullo.

-Bueno, tengo varios caminos para seguir -dijo-. ¿Ve ese auto?

-Es enorme y evidente -contestó el abuelo.

-Es un Studebaker de ocho cilindros Clase A, cero kilómetro... bueno, con apenas cincuenta kilómetros, que es la distancia entre Gurney y este pueblo más algunas vueltas a la manzana. En mi agencia apenas hay espacio para tres Studebakers y cuatro clientes juntos. La mayoría de los que pasan por la vidriera son granjeros y ninguno entra. Me pareció que ya era hora de venir a un lugar con gente despabilada, donde si grito "salten", al menos darán un respingo.

-Estamos esperando -dijo el abuelo.

-¿Le gustaría ver una demostración de lo que ruego que se haga realidad, y que sin duda, va a hacerse realidad? -preguntó el humo de cigarrillo que escapaba de la tela en oleadas de sílabas-. Que alguien diga "ya".

Se produjo un estruendo entre cúmulos de humo de cigarro.

-¡Ya!

-¡Sube, Quint!

Llegué al Studebaker antes que él y no bien se sentó en el asiento delantero, arrancamos.

-Primero a la derecha, después a la izquierda y otra vez a la derecha, ¿correcto, Quint?

Y tomando a la derecha, a la izquierda y a la derecha otra vez llegamos a la Avenida Principal, por la que nos lanzamos a toda velocidad.

-No te rías tan fuerte, Quint.

-¡No puedo evitarlo! ¡Esto es de puta madre!

-Basta de malas palabras. ¿Nos sigue alguien?

-Tres tipos jóvenes que corren por la vereda. ¡Y allá hay tres señores que bajaron del cordón!

Disminuyó la marcha. Los seis que nos seguían pronto sumaron ocho.

-¿Estamos cerca de la esquina de la cigarrería, donde se reúnen los fanfarrones del pueblo, Quint?

-Usted sabe que sí.

-¡Presta mucha atención!

Cuando pasamos frente a la cigarrería, disminuyó la velocidad y obturó el acelerador. La más extraordinaria de las salvas salió del caño de escape. Los fanfarrones de la cigarrería se sobresaltaron y se agarraron los sombreros de paja. El señor Misterioso les dedicó otra salva, aceleró y pronto los ocho que nos seguían se convirtieron en doce.

-¡Pan comido! -exclamó el señor Misterioso-. ¿Sientes cómo les gusta, Quint? ¿Sientes cómo lo necesitan? ¡No hay nada como un flamante Studebaker Super Prime A–1 de ocho cilindros para que un hombre se sienta como Elena cuando acababan de raptarla para llevarla a Troya! Voy a frenar ahora que hay suficientes personas para discutir y regatear. ¡Vamos!

Pusimos punto muerto en la esquina de la Avenida Principal y Arbogast mientras aquellas polillas se apiñaban en torno a nuestra llama.

-¿Ése es un Studebaker cero kilómetro recién salido del salón de exposiciones? -preguntó el barbero del pueblo. La pelusa que me crecía detrás de las orejas lo conocía muy bien.

-Nuevito y reluciente -dijo el señor Misterioso.

-¡Yo llegué primero, yo soy el que pregunta! -gritó el ayudante del alcalde, el señor Bagadosian.

-¡Sí, pero yo tengo el dinero! -Un tercer hombre se paró frente a las luces del guardabarros. Era el señor Bengstrom, el dueño del cementerio y de todos sus moradores.

-Ahora tengo sólo un Studebaker -dijo la mansa voz debajo de la capucha-. Ojalá tuviera otros.

Se desató un fragor de súplicas y discusiones.

-El precio total es de ochocientos cincuenta dólares -se hizo oír el señor Misterioso por encima del alboroto-. El primero de ustedes que me ponga en la mano un billete de cincuenta dólares o el equivalente en billetes de uno, cinco y diez dólares se queda con la ganga de este mitológico acorazado.

Apenas sacó la mano por la ventanilla, se la forraron con billetes de cinco, diez y veinte dólares.

-¡Quint!

-¿Señor?

-Abre ese compartimiento y dame mi talonario de órdenes de compra.

-¡Sí, señor!

-¡Bengstrom! ¡Cyril A. Bengstrom! -gritó el funebrero para que todos pudieran oírlo.

-Quédese tranquilo, señor Bengstrom. El auto es suyo. Firme aquí.

Minutos después, entre risas histéricas, el señor Bengstrom se alejó manejando de la muchedumbre malhumorada que se apiñaba en la esquina de la Avenida Principal y Arbogast. Nos rodeó dos veces para que sus derrotados rivales se deprimieran aún más y luego partió rugiendo en busca de un camino donde probar su capricho.

-No se preocupen -dijo la voz tras la capucha oscura-. Me queda otro Studebaker Super Prime1, o tal vez dos, en Gurney. ¿Alguien me alcanzaría hasta allá?

-¡Yo! -gritaron todos.

-De modo que es así como actúa usted -comentó el abuelo-. Para eso vino.

Era bien entrada la noche. Había más mosquitos y menos tejedoras y fumadores. Otro Studebaker, de un rojo brillante, se hallaba estacionado junto al cordón.

-Esperen a ver cómo reluce éste bajo el sol -dijo el señor Misterioso con una risa de satisfacción.

-Tengo el presentimiento de que esta semana va a vender su línea completa -dijo el abuelo- y, encima, nos va a dejar con las ganas.

-Preferiría no hacer predicciones ni pecar de presumido, pero parece que así será.

-Usted es un zorro. -El abuelo apisonó filosofía en su pipa y la lanzó de una bocanada. -Lleva esa bolsa en la cabeza para atraer la atención y hacer que corra la voz.

-Es más que eso. -El señor Misterioso pitó un cigarrillo a través de la tela oscura que le cubría la boca. -Es más que un truco. Más que un gancho. Más que un capricho pasajero.

-¿Qué es? -preguntó el abuelo.

-¿Qué es? -pregunté yo.

Era medianoche y no me podía dormir.

Ni tampoco el señor Misterioso. Bajé a hurtadillas la escalera y lo encontré en el jardín trasero recostado en una reposera de madera, tal vez contemplando las luciérnagas y las estrellas que se hallaban más allá, algunas fijas, otras no.

-¡Hola, Quint! -me saludó.

-Señor Misterioso...

-Pregunta, no más.

-¿No se saca la capucha ni para dormir?

-La llevo puesta toda la noche todas las noches.

-¿Desde siempre?

-Casi, casi.

-Anoche dijo fanfarroneando que era algo más que un truco. ¿Qué más es?

-Si no se lo conté a los pensionistas ni a tu abuelo, ¿por qué te lo voy a contar a ti, Quint? -preguntó la capucha sin rasgos que descansaba en medio de la noche.

-Porque quiero saber.

-Ésa es tal vez la mejor razón del mundo. Siéntate, Quint. ¿No son lindas las luciérnagas?

Me senté sobre el césped húmedo.

-Sí.

-Bueno. -El señor Misterioso volvió su cabeza encapuchada como si estuviera dirigiéndome la mirada. -La cosa es así. ¿Alguna vez te preguntaste qué hay bajo esta Capucha, Quint? ¿Nunca tuviste ganas de arrancármela para ver?

-No.

-¿Por qué no?

-Eso es lo que hizo la señora en El fantasma ele la Ópera. Y mire con lo que se encontró.

-Entonces, ¿te digo qué hay debajo de la mía, hijo?

-Si quiere, no más, señor.

-Lo curioso es que quiero. Esta capucha tiene una larga historia.

-¿De cuando era chico?

-Casi. No puedo recordar si nací así o si pasó algo. Un accidente automovilístico, un incendio... o tal vez alguna mujer que se burló de mí. Algo que me hirió como una llama abrasadora, que me dejó cicatrices igual de terribles. Podemos caernos del techo o de la cama, pero cuando chocamos contra el suelo, da lo mismo de dónde caímos. Las heridas tardan mucho tiempo en curar. Y a veces no sanan nunca.

-¿Quiere decir que no se acuerda de cuándo se puso esa cosa?

-Los recuerdos se borran, Quint. Viví muy confundido durante largo tiempo. Esta cosa oscura se transformó a tal punto en una parte de mí que bien podría ser mi propia carne.

-¿Usted nunca...?

-¿Si yo nunca qué, Quint?

-¿Nunca se afeita?

-No, no hay vello. Digamos que puedes imaginarme de dos maneras. Como una pesadilla oculta debajo de esto, plagada de pozos, horribles dientes, calaveras y llagas que jamás cicatrizan. O, sino...

-¿Si no, qué?

-Nada. Absolutamente nada. Nada de barba para afeitar. Nada de cejas. Casi sin nariz. A duras penas, párpados, sólo ojos. A duras penas una boca, una cicatriz. El resto es un vacío, un campo nevado, una hoja en blanco, como si alguien me hubiera borrado para volver a modelarme. Ahí tienes. Dos cosas para elegir. ¿Cuál prefieres?

-No sé.

-Claro.

El señor Misterioso se había puesto de pie y estaba descalzo sobre el césped, señalando alguna constelación de estrellas con la capucha.

Al cabo de un momento, hablé.

-Todavía no me dijo lo que empezó a contarle esta noche al abuelo. Usted no vino acá sólo para vender Studebakers cero kilómetro... sino para algo más, ¿no?

-Ah, sí. -Asintió. -Bueno. Estuve solo muchísimos años. No se lo pasa bien en allá en Gurney, vendiendo autos y ocultándome bajo esta bolsa de terciopelo todo el tiempo. Así que

al fin decidí salir de mi encierro y mezclarme con gente común y corriente, hacer amigos, tal vez conocer a alguien a quien le simpatice o que por lo menos me tolere. ¿Entiendes, Quint?

-Trato.

-¿De qué servirá todo esto? ¿De qué servirá vivir en Green Town, alternar con la gente en el comedor de tu casa y contemplar las copas de los árboles desde mi habitación en la cúpula? Pregúntamelo.

-¿De qué va a servir?

-Quint, lo que espero, lo que ruego con toda mi alma que suceda, hijo, es que al lanzarme otra vez al río, al aventurarme a la corriente, al unirme a la marea de la gente, aun de los desconocidos, la simpatía, la amistad, quizás algo cercano al amor comiencen a fundir y remodelar mi rostro. Que durante seis, ocho meses, un año, la vida deslice mi máscara sin arrancármela, para que la cera que hay debajo cobre vida y se convierta en algo más que una pesadilla en medio de la noche o, simplemente, en nada al amanecer. ¿Entiendes lo que digo, Quint?

-Sí, me parece.

-Porque la gente nos cambia, ¿no es cierto? Por ejemplo, tú entras y sales de esta casa y tu abuelo te va modificando, te va modelando con palabras o con un abrazo, una caricia o hasta con un buen chirlo ya sabes dónde una vez al año.

-Dos veces al año.

-Bueno, dos veces, entonces. Y cuando los pensionistas y comensales conversan, lo que escuchas entra por tus oídos y luego sale por tus dedos. Eso también implica un cambio. Todos estamos inmersos en un arroyo, en una marisma, en un río, asimilando cada bocado de charla, cada exigencia de la maestra, cada empujón que te dan los chicos peleadores, cada mirada y cada roce de esas criaturas extrañas que tú llamas mujeres. Todo eso es el sustento de nuestra vida. Es como el té del desayuno o algo que picas entre las comidas. Y con eso puedes crecer o no, reírte o poner mala cara o directamente no tener rasgos pero, sea como fuere, lo vives, derritiéndote o congelándote, corriendo o paralizándote. Yo hace años que no hago nada de eso. Así que esta semana me armé de coraje. Sabía vender autos pero no sabía cómo ofrecerme yo mismo. Estoy dándome la oportunidad, Quint, de que en un año este rostro que escondo bajo la capucha mute, se transforme al amanecer o al anochecer. Y voy a poder sentir cómo cambia porque estoy de nuevo en la corriente y respirando el aire fresco y permitiendo que la gente llegue a mí. Me atreví a vivir, ya no me oculto tras el parabrisas de este o aquel

Studebaker. Y cuando se cumpla ese año, Quint, voy a quitarme la capucha para siempre.

Dicho eso, me dio la espalda. Vi cómo tomaba el terciopelo oscuro y lo tiraba sobre el césped.

-¿Quieres mirar, Quint? -preguntó con voz queda.

-No, señor. Disculpe.

-¿Por qué no?

-Tengo miedo -respondí, con un escalofrío.

-Sí, es lógico -dijo, al cabo de un instante-. Voy a quedarme así un momento y después volveré a ocultarme.

Respiró hondo tres veces, siempre de espaldas a mí, con la cabeza en alto, el rostro alzado hacia las luciérnagas y las constelaciones. Luego, volvió a colocarse la capucha.

"Menos mal que hoy no hay luna", pensé.

Cinco días y cinco Studebakers más tarde (uno azul, otro negro, dos marrones y uno anaranjado rojizo), el señor Misterioso se encontraba sentado en el que, según había dicho, era su último auto, una cupé descapotable amarilla como el Sol, tan brillante que parecía un canario en su jaula, cuando salí a dar una vuelta, con las manos en los bolsillos de mis

pantalones y los ojos fijos en la acera en busca de hormigas o algún petardo sin estallar. Al verme, se cambió de asiento y me dijo:

-Siéntate al volante.

-¡No! ¿En serio que puedo?

Me senté y giré el volante y toqué la bocina, pero sólo una vez, para no despertar a los que se levantaban tarde.

-Larga lo que quieres decir, Quint -dijo el señor Misterioso, con la capucha rozando el parabrisas.

-¿Le parece que tengo ganas de "largar" algo?

-Se cae de maduro. Vamos, te escucho.

-Estuve pensando.

-Me di cuenta por las arrugas que tienes en la frente -dijo con tono cariñoso.

-Estuve pensando en usted y en lo que pasará dentro de un año.

-Qué amable, hijo. Continúa.

-Pensé que, bueno, por ahí el año que viene, si siente que ya está curado, que debajo de esa capucha se le arreglaron la nariz, las cejas, la boca, la piel... -Me interrumpí, dudando si debía continuar. La Capucha me indicó con un movimiento que siguiera hablando. -Bueno, estaba pensando que si una mañana se despierta y, sin necesidad de levantar las manos para tocarse ahí abajo, se da cuenta de que se terminó la larga espera y que ya cambió, que lo cambiaron la gente, las cosas, el pueblo... en fin, todo eso, y que tiene todo bien, todo perfecto, que ya no quedan ni rastros de lo que había antes...

-Continúa, Quint.

-Bueno, si pasa eso, señor Misterioso, y usted de pronto se da cuenta de que ya tiene una cara genial, entonces no tendría necesidad de sacarse la capucha, ¿no?

-¿Qué dices, hijo?

-Dije que no tendría necesidad de...

-Sí, Quint, ya te oí -dijo el señor Misterioso, estupefacto.

Se produjo un largo silencio. En eso, hizo unos ruidos extraños con la garganta, casi como si se estuviera asfixiando, y luego susurró con voz ronca:

-Es cierto, no tendría necesidad de sacarme la capucha.

-Porque si usted realmente supiera que ahí abajo todo está arreglado, daría lo mismo, ¿no le parece?

-Sí, claro que sí.

-Y podría seguir llevando la capucha cien años más y sólo usted y yo sabríamos lo que hay abajo. Y no se lo diríamos a nadie ni nos importaría.

-Sólo tú y yo. ¿Y cómo me vería sin la capucha, Quint? ¿Fenomenal?

-Sí, señor.

Volvió a producirse una larga pausa. Los hombros del señor Misterioso se sacudieron y volvió a emitir un sonido gutural. De pronto, cayeron unas gotas de la capucha. Me quedé mirándola, sorprendido.

-¡Ay! -exclamé.

-No pasa nada, Quint -dijo con voz queda-. Son lágrimas, no más.

-Huy...

-Estoy bien. Son lágrimas de felicidad.

El señor Misterioso descendió de aquel último Studebaker, se tocó la nariz invisible y se restregó la tela que le cubría los ojos ocultos.

-¡Quint, la quintaesencia! No existe nadie como tú en todo el mundo.

-¡Qué novedad! Si nadie es igual a nadie.

-Bueno, si tú lo dices, Quint... -Acto seguido, añadió: -¿Hay alguna otra cosa de la que quieras hablar, hijo?

-Una tontería. ¿Y si...? -Me interrumpí, tragué saliva y clavé la vista al frente, mirando la estatuilla de la señora desnuda que había sobre el capó a través de los rayos del volante. -¿Y si, en realidad, nunca necesitó ponerse la capucha?

-¿Quieres decir nunca? ¿Nunca jamás?

-Sí, señor. ¿Y si, en realidad, hace mucho tiempo usted creyó que tenía que ocultarse y se puso esa cosa que ni siquiera tiene agujeros para los ojos? ¿Y si nunca tuvo un accidente, ni estuvo en un incendio, ni tampoco nació así, ni ninguna mujer se burló de usted? ¿Qué pasa, entonces?

-¿Quieres decir que simplemente me imaginé que tenía que ponerme esta bolsa y punto? ¿Y que todos estos años anduve por ahí creyendo que abajo había algo horrible o quizá nada, una hoja en blanco?

-Es algo que se me ocurrió, no más.

Otro largo silencio.

-¿Y que, entonces, anduve así todos estos años sin saber si había algo que ocultar? ¿O, simplemente, fingiendo que sí tenía algo que esconder sólo porque sí? ¿Y que siempre tuve la cara ahí, con una boca, mejillas, cejas, nariz, y nunca necesitó fundirse para reconstruirse?

-No, no, yo no quise decir que...

-Sí que quisiste. -Una última lágrima se deslizó desde el borde de la capucha.

-¿Cuántos años tienes, Quint?

-Estoy por cumplir trece.

-¡Por Dios, eres Matusalén!

-No, él era muy, pero muy viejo. ¿Pero también estaría todo el tiempo pensando en comer golosinas?

-Como tú, Quincy. Como tú.

Tras otra prolongada pausa, dijo:

-¿Quieres dar una vuelta por el pueblo? Necesito estirar las piernas. ¿Vamos caminando?

Doblamos a la derecha en la esquina de la calle Central, a la izquierda en la esquina de la calle Grand y otra vez a la derecha en Genesee, hasta que nos detuvimos frente al hotel Karcher, un edificio de doce pisos, el más alto del condado de Green y sus alrededores.

-¿Quint? -Mientras la capucha contemplaba la altura del edificio, la voz que ocultaba dijo: -Thomas Quincy Riley, tienes cara de querer decir algo más. Vamos, lárgalo.

Vacilé y, al fin, pregunté:

-Bueno... ¿De verdad no se ve nada debajo de esa capucha? Es decir, ¿no hay aparatos de rayos, retroscopios ni orificios secretos?

-Thomas Quincy Riley, estuviste leyendo el Catálogo de Trucos, Juguetes y Disfraces para la Noche de Brujas de las tiendas Johnson Smith & Co. de Racine, Wisconsin.

-Bueno, ¡qué le voy a hacer!

-Cuando me muera vas a heredar esta bolsa, te la vas a poner y entonces vas a saber lo que es la oscuridad. -Volvió la cabeza y casi pude sentir su mirada fulminante atravesando la tela oscura. -En este preciso instante, estoy viendo a través de tus costillas cómo el corazón se te abre y se te cierra, se te abre y se te cierra, como si fuera una flor o un puño. ¿No me crees?

Me llevé la mano al pecho.

-Sí, señor.

Volvió a darse vuelta y señaló con la capucha los doce pisos del hotel.

-¿Sabes qué se me ocurrió?

-¿Qué, señor?

-Dejar de llamarme señor Misterioso.

-Ah, ¡no!

-¡Bueno, bueno, escúchame! Ya logré lo que me proponía cuando vine. La venta de autos marcha viento en popa. Aleluya. Pero escúchame, Quint. Mira hacia arriba y dime... ¿qué te parece si me transformo en el Hombre Mosca?

Me quedé boquiabierto.

-¿Que si...?

-Lo que oíste. ¿Te imaginas verme subir seis, ocho, doce pisos hasta llegar a la terraza, sin quitarme la capucha, y saludar desde ahí a la gente que se apiña abajo?

-¡Qué bueno!

-Me alegro de que lo apruebes. -El señor Misterioso se acercó al edificio y comenzó a trepar, buscando de dónde aferrarse, cada vez más alto. Cuando se encontraba a un metro del suelo, preguntó: -¿Se te ocurre algún nombre con altura para un Hombre Mosca?

Cerré los ojos y, al cabo de un instante, dije:

-¡Altavista!

-¡Altavista! ¡Genial! ¿Vamos a casa a desayunar?

-Sí, señor.

-Puré de banana, papilla de cereales, sopa de avena...

-¡Y helado! -agregué.

-Pero derretido -señaló el Hombre Mosca. Y descendió.